

Tres consejos a los creyentes

Hebreos 10:19-25

Achim ZÖFELT

biblicom.org

Índice

1 - La Epístola a los Hebreos	3
2 - Plena libertad para entrar en el Lugar Santísimo (v. 19)	3
3 - El camino nuevo y vivo (v. 20)	4
4 - Gran sacerdote (v. 21)	5
5 - Acerquémonos con corazón sincero, en plena certidumbre de fe (v. 22)	5
6 - Retengamos firme la confesión de nuestra esperanza (v. 23)	6
7 - Velemos unos por otros para estimularnos al amor y a las buenas obras (v. 24)	7
8 - Sin dejar de congregarnos (v. 25)	9

1 - La Epístola a los Hebreos

Al comienzo de la parte práctica de la Epístola a los Hebreos, desde el versículo 19 del capítulo 10, encontramos tres consejos dirigidos a los creyentes: «Acerquémonos» (v. 22), «retengamos» (v. 23) y «velemos» (v. 24). Se presentan en relación con las tres virtudes cardinales de la vida cristiana: la fe, la esperanza y el amor.

La Epístola a los Hebreos difiere de las otras epístolas en muchos aspectos. Comienza sin el saludo habitual y sin mencionar al autor. Solo contiene algunas indicaciones aisladas sobre las circunstancias del autor y de los destinatarios. Su objeto esencial o incluso único es presentar la excelencia de la persona de Cristo, en contraste con todos los seres celestiales y terrenales, y destacar la obra que realizó en la cruz, en contraste con las sombras y las figuras del Antiguo Testamento, por muy valiosas que sean.

Los destinatarios de la epístola, los judíos que recibieron a Jesús, están llamados a abandonar el sistema religioso del judaísmo, del cual Jerusalén era el centro. Esto podría ser muy difícil para ellos, ya que se trataba de instituciones ordenadas por el propio Dios. Y si habían obedecido estas ordenanzas en el pasado, habían actuado de acuerdo a la mente de Dios. Todo esto ¿de repente carecería de valor? Para entender esto, tenían que discernir que todas las ordenanzas, ceremonias e instituciones del Antiguo Testamento eran meramente figuras de algo infinitamente más elevado y perfecto, figuras de la persona misma del Señor Jesucristo y de su obra.

En él todas las imágenes del Antiguo Testamento encontraron su cumplimiento, e incluso fueron superadas con creces. Guiado por el Espíritu Santo, el escritor de la epístola toma los elementos del antiguo pacto uno tras uno, y muestra cómo Cristo está incomparablemente por encima. Cristo es más excelente que los ángeles, más grande que Moisés, más grande que Aarón, más grande que Josué. Y ofreció en su persona un sacrificio mejor y más eficaz que los innumerables sacrificios que se podían ofrecer bajo el antiguo pacto.

2 - Plena libertad para entrar en el Lugar Santísimo (v. 19)

Después de exponer estas cosas, el escritor llega a una conclusión importante. Porque hemos sido hechos propicios para la presencia de Dios a través del perfecto

sacrificio del Señor Jesús, tenemos «*plena libertad para entrar en el Lugar Santísimo*». En contraste con lo que caracterizaba al judaísmo, ya no se trata de un lugar consagrado, ni de un santuario visible, sino de la presencia misma de Dios.

Este versículo no habla de una reunión particular de creyentes, ya sea para la fracción del pan o para la oración (comp. 4:16), sino del acceso del creyente hecho de una vez por todas a Dios a través del sacrificio de Cristo. Este es un punto esencial de la fe cristiana. Tenemos libre acceso a Dios en todo momento y podemos estar en espíritu ante él.

El fundamento de esta libertad es la sangre de Jesús. Aquí podemos ver dos efectos de su sangre: por un lado, el camino a los lugares santos hasta Dios debía abrirse con su sangre (9:12), y por otro lado debíamos ser purificados por su sangre para ser hechos limpios para la presencia de Dios (9:14). Recordemos esto con firmeza: si nos es posible acercarnos a Dios, ya sea personalmente o en asamblea, es porque el Señor Jesús dio su vida en la cruz.

3 - El camino nuevo y vivo (v. 20)

Este camino a los lugares santos se describe aquí como «*nuevo y vivo*». Es nuevo en contraste con el antiguo camino, que pasaba por las ordenanzas de la Ley. Está vivo porque Jesús mismo es «el camino» por el que se viene al Padre (Juan 14:6) y Jesús está «viviendo siempre» para interceder por los suyos (Hebr. 7:25).

Bajo la antigua alianza, el sumo sacerdote podía entrar en el Lugar Santísimo solo una vez al año, el Día de la Expiación. Y si consideramos los detalles de las ordenanzas sobre este tema, bien podemos pensar que ninguna seguridad llenaba su corazón cuando cruzaba el velo y se acercaba al arca. Podía tener temores, y preguntarse si todo se había hecho exactamente de acuerdo a las prescripciones divinas, para que el Dios santo pudiera morar en medio de su pueblo por un año más.

¡Qué inmenso contraste entre el nuevo y el antiguo camino hacia Dios! El antiguo estaba reservado para la familia de Aarón, a una familia de entre todo el pueblo. Pero hoy, cada creyente es parte de este «sacerdocio santo» que viene a ofrecer «sacrificios espirituales aceptables a Dios por Jesucristo» (1 Pe. 2:5). El acceso a Dios está totalmente abierto para nosotros.

4 - Gran sacerdote (v. 21)

No solo tenemos plena libertad para entrar en los lugares santos, sino que también tenemos un «*sumo sacerdote*» establecido sobre la casa de Dios. Podemos discernir fácilmente quién es designado por este título, aunque en esta epístola se le llama generalmente «sumo sacerdote». Es el Señor Jesús, establecido sobre la casa de Dios, como en el capítulo 3 (v. 6). En su actividad como sumo sacerdote, hizo propiciación por nuestros pecados (2:17), y en el cielo está ahora activo en nuestro favor como intercesor ante Dios, especialmente en relación con nuestras debilidades (4:14-15). Sin embargo, su ministerio como Sumo Sacerdote es un poco diferente. Cada vez que se le da un título con la palabra «grande», se subraya su elevación y dignidad. Es el «gran Rey» (Mat. 5:35), un «gran profeta» (Lucas 7:16), el «gran sacerdote» (Hebr. 4:14) y el «gran Pastor de las ovejas» (13:20). Así podemos decir con certeza que el Señor Jesús, el «gran sacerdote sobre la casa de Dios», tiene autoridad sobre cada sacrificio hecho en esa casa, y da a este servicio su verdadero valor ante Dios.

5 - Acerquémonos con corazón sincero, en plena certidumbre de fe (v. 22)

Aquí llegamos al primero de los tres consejos de este pasaje: «Acerquémonos con corazón sincero, en plena certidumbre de fe, con corazones purificados de una mala conciencia y lavados los cuerpos con agua pura».

Acercarse a Dios presupone la aceptación por la fe del pleno valor del sacrificio de Cristo, tal como se nos presenta en los capítulos 9 y 10. Los que se acercan han obtenido una redención eterna y tienen la conciencia limpia (9:12, 14). Han sido santificados por la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez por todas (10:10), y han sido hechos perfectos para siempre por esta ofrenda (10:14).

Los que se acercan a Dios hoy ya no tienen que tener dudas o preguntas sobre su salvación eterna y el problema de sus pecados. Pueden descansar en plena seguridad de fe en la obra del Señor Jesús realizada en la cruz. Los creyentes del Antiguo Testamento no podían tener esta confianza de la fe, porque no sabían cómo se resolvería el problema de sus pecados. Pero los creyentes de la época de la gracia, los creyentes de hoy como aquellos a quienes se dirigía la Epístola a los Hebreos, pueden mirar la obra de redención que Cristo realizó y tener plena seguridad de fe.

Todavía no vemos, pero creemos. Confiamos en Dios y en su Palabra. La fe se aleja de las cosas terrenales, visibles y tangibles, y capta las cosas invisibles de Dios.

El final del versículo 22 alude a las ceremonias a las que la familia sacerdotal estaba sometida en otro tiempo, y las utiliza como tipos de lo que nos concierne. En su consagración, Aarón y sus hijos fueron lavados por completo con agua (Éx. 29:4; Lev. 8:6). Luego fueron rociados con sangre en los lóbulos de las orejas, en los pulgares y en los dedos gordos de los pies, simbolizando el oír, el hacer y el caminar (Éx. 29:19-21; Lev. 8:23). Solo entonces podían acercarse a servir a Dios como sacerdotes.

¿Qué significa esto para nosotros hoy? Este versículo 22 se relaciona más con el conocimiento de nuestra posición en Cristo ante Dios que con nuestra vida práctica como cristianos, aunque el conocimiento de nuestra posición ante Dios siempre tiene sus efectos prácticos. Tenemos la felicidad de saber que a los ojos de Dios estamos plenamente santificados por la obra del Señor Jesús. El «lavado del cuerpo con agua» no es la limpieza constante y necesaria para cada uno de nosotros, el lavado de nuestros pies en Juan 13:10 o el «lavamiento de agua por la palabra» en Efesios 5:26. Es el mismo lavado del que habla el Señor en Juan 13 cuando dice: «El que se ha bañado no tiene necesidad de lavarse más que los pies, ya que está todo limpio». Es la limpieza fundamental de nuestro antiguo estado de impureza.

El rociado de sangre y la limpieza por lavado con agua son dos pensamientos diferentes. Por un lado, la palabra de Dios, simbolizada por el agua, nos purifica moralmente, purifica nuestros sentimientos y pensamientos, porque hemos nacido de nuevo en nuestra conversión. Esta operación de la palabra de Dios no tiene que ser repetida. Por otro lado, la sangre representa la expiación como era necesaria ante Dios; es el fundamento de nuestra relación con Dios. En la firme convicción de que todos nuestros pecados están perdonados para siempre, podemos acercarnos a Dios con plena libertad. ¡Esta es la parte feliz que tenemos que apropiarnos constantemente por la fe!

6 - Retengamos firme la confesión de nuestra esperanza (v. 23)

Este segundo mandato se refiere a nuestra *esperanza*. Tenemos que *retener firme* «la confesión de nuestra esperanza». Este no es el mismo pensamiento que en el capítulo 4, donde se nos exhorta a retener «nuestra confesión» (v. 14). Allí se trata

de confesar lo que creemos, es decir, toda la doctrina del Evangelio. Aquí (v. 23), contrariamente, se nos exhorta a mantener la expectativa de la venida del Señor para arrebatarnos como una verdadera confesión. Esta expectativa debe manifestarse en nuestra vida diaria. Debemos ser reconocidos como ciudadanos del cielo, como hombres cuya «burguesía» está en el cielo (Fil. 3:20). Debe verse en nuestras caras que pertenecemos al cielo. Ya somos «celestiales» (1 Cor. 15:48), y nuestra *esperanza* es que pronto «también llevaremos la imagen del celestial» (v. 49). Si dejamos de confesar esta esperanza, nos sentiremos en casa en el mundo y negamos nuestro carácter celestial.

La esperanza cristiana no es algo incierto, algo que solo esperamos, sin saber si se hará realidad. La esperanza cristiana es la expectativa de algo seguro, cuyo cumplimiento está aún por venir. Debemos mantener la confesión de esta esperanza sin vacilar. Esto requiere paciencia. Esperamos algo que no vemos, y «con paciencia lo aguardamos» (Rom. 8:25).

¿Y cuál es la motivación de esta paciencia? «Fiel es el que prometió». Muchas de las promesas que nos hizo ya se han cumplido. Podemos pensar en la promesa *de la vida eterna* (Tito 1:2), la vida que ya tenemos ahora, pero que solo se desplegará plenamente en la gloria; y por eso este versículo dice: «la esperanza de la vida eterna». Podemos pensar en *la promesa del Espíritu Santo* (Lucas 24:49; Hec. 2:33; Gál. 3:14), de quien todo verdadero creyente ha sido sellado (Efe. 1:13). Pero aquí solo puede ser una promesa del Señor Jesús. Es la que dio a sus discípulos: «Os tomaré conmigo» (Juan 14:3). Desde hace mucho tiempo, los burladores dicen: «¿Dónde está la promesa de su advenimiento?» (2 Pe. 3:3-4). En cuanto a nosotros, lo esperamos con paciencia, porque el que la hizo es fiel. Cumplirá su promesa.

7 - Velemos unos por otros para estimularnos al amor y a las buenas obras (v. 24)

Aquí llegamos al tercer consejo. Nuestra atención pasa de las cosas invisibles a los hermanos y hermanas que nos rodean. No estamos solos en el camino que lleva a la gloria. Dios ha puesto compañeros de viaje a nuestro lado, y podemos complementarnos y ayudarnos mutuamente. La exhortación de este versículo nos será más fácil de seguir ya que entendemos mejor que es un verdadero privilegio. Si vivimos en el goce de las relaciones divinas en las que estamos situados, y si vivimos en la

tierra como ciudadanos del cielo, esperando constantemente la venida de Jesucristo, miraremos a nuestros hermanos y hermanas con afecto y atención. No seremos indiferentes a sus circunstancias o a su conducta.

Por supuesto, no se trata de vigilar a nuestros hermanos y hermanas con un ojo crítico. Pero debemos cuidarnos y animarnos mutuamente. Debemos desear que el amor al Señor y el amor fraternal estén vivos en todos los corazones, y buscar contribuir a ello.

Las relaciones de afecto entre los creyentes son esenciales. Sin el verdadero amor, la vida de la asamblea local, con sus contactos cercanos, está expuesta a peligros particulares. Uno de los más grandes es el egoísmo. ¿Estamos dispuestos a renunciar a nuestros derechos si es necesario para el bien de los demás? Al escribir a los filipenses, Pablo pudo dar testimonio de la solicitud de Timoteo por ellos, y deseaba enviárselo pronto. Al mismo tiempo, tuvo que lamentar que no hubiera nadie como él que se preocupara sinceramente por ellos, porque todos buscaban sus propios intereses (Fil. 2:19-21). Y por eso decía «no mirando cada cual por lo que es suyo, sino también por lo que es de los demás» (2:4). Este es el carácter esencial del amor: No «busca su propio interés» (1 Cor. 13:5). Para estimularnos mutuamente al amor, es indispensable que nosotros mismos seamos ejemplos. Es necesario que el bien de mi hermano o hermana sea más importante que mis propios asuntos.

Nuestra vida en la iglesia debe estar marcada por el hecho de estimularse mutuamente «a las buenas obras». El verdadero amor no solo se contenta con palabras, está activo y se manifiesta en los hechos. Está «con hechos y de verdad» (1 Juan 3:18). El amor busca el bien de los demás de todas las maneras posibles. Su campo de actividad es ilimitado y siempre encuentra una forma de manifestarse. Si queremos estimular a los que nos rodean a las buenas obras, es obvio que no es a través de palabras. No tenemos que decirle a nuestro prójimo lo que debe hacer y cómo debe hacerlo. El estímulo para hacer el bien lo da nuestro propio comportamiento. Lo que hacemos y cómo lo hacemos puede ser usado para animar a otros. Todo debe servir a la causa del Señor sin restricciones y hacerse con humildad, sin buscar ser admirado.

8 - Sin dejar de congregarnos (v. 25)

Este versículo aborda un peligro muy concreto para los creyentes hebreos. Corrían el peligro de abandonar la confesión pública de la fe cristiana y volver exteriormente al judaísmo. Bajo la presión de las persecuciones y tribulaciones que sufrían, muchos de ellos podían ser tentados a retener la fe en Cristo sin confesarla exteriormente, dejando de participar en la reunión de los creyentes. De ahí la seria advertencia sobre la importancia de la reunión.

Para nosotros hoy en día, existe más bien el peligro opuesto. Cuando confesamos a Cristo, generalmente no tenemos que soportar la persecución y la tribulación. Mantener la confesión externa no nos cuesta mucho. Por otro lado, estamos expuestos al peligro de la indiferencia. Nuestros ojos y corazones pueden perder de vista a Cristo mismo, que es el centro de la reunión de los creyentes.

Tomemos a pecho estas exhortaciones prácticas sobre nuestra vida en la iglesia. En la «venida de nuestro Señor Jesucristo» tendrá lugar «nuestra reunión con Él» (2 Tes. 2:1; 1 Tes. 4:17). En ese día no faltará ninguno de los suyos; los que se han dormido (los fallecidos) serán resucitados y tomados con los vivos al encuentro con el Señor en el aire. Si pensamos en lo que será para nuestro Salvador tener a todos los suyos con él, nos motivará a reunirnos a su alrededor ya ahora, donde ha prometido su presencia, aunque sea invisible a nuestros ojos.

¿Y cómo podemos alentarnos mutuamente en este sentido? Aquí también, es por nuestro ejemplo personal. En [Juan 20](#), encontramos una enseñanza al respecto. No se trata solo de la reunión de los creyentes como iglesia, sino también de la presencia del Señor en medio de los suyos. El día de su resurrección, el primer día de la semana y una semana después, el Señor estuvo en medio de sus discípulos. La primera vez, Tomás estaba ausente, pero el domingo siguiente estaba presente. ¿Cómo sucedió esto? Este es un ejemplo de cómo podemos animarnos a asistir a las reuniones. No con reproches o preguntas embarazosas, sino mencionando lo que pasó. Los discípulos simplemente le dijeron a Tomás lo que experimentaron y lo que él perdió: «¡Hemos visto al Señor!» (v. 25). También podemos contarle a alguien lo que hemos experimentado en una reunión en el nombre del Señor, ya sea durante la hora de adoración, donde “vimos” al Señor de una manera especial, en su persona o en su obra, o en una reunión para la edificación o el estudio de la Palabra, siempre y cuando nosotros mismos tengamos algo de ello. Tal testimonio es más efectivo que las exhortaciones.

No solo debemos alentarnos mutuamente a asistir a las reuniones, sino que debemos estimularnos en todos los aspectos, «tanto más cuanto veis que el día se acerca». El día del juicio ya está proyectando su sombra, y estamos viviendo los últimos días, que son difíciles. Nos necesitamos el uno al otro.

Pronto, ya no entraremos en la presencia de Dios por *la fe*, sino que veremos con nuestros ojos. Pronto, el objeto de nuestra *esperanza* será alcanzado. Pronto, ya no necesitaremos estimularnos mutuamente al *amor* y a las buenas obras, porque estaremos cerca de la fuente del amor eterno. Lo tendremos ante nosotros en la persona del Señor Jesús.

Traducido de «*Le Messenger Évangélique*», año 1993, página 110